

E. MIRET MAGDA LENA

Es de suma actualidad lo que dijo un arzobispo católico oriental en Roma durante el Concilio. Monseñor Edelby, auxiliar del patriarca oriental católico Máximo IV, hizo un análisis de la Iglesia cristiana tal y como se concibe en Oriente, contraponiendo esta concepción a la que nosotros hemos conocido durante varios siglos en Occidente.

Su conclusión es clara: "La Iglesia occidental es todavía demasiado clerical en sus concepciones y en su comportamiento".

Excelente análisis de lo que hemos vivido, y todavía vivimos, en nuestra Iglesia latina. Pero debemos preguntarnos: ¿por qué ha ocurrido esto así? Sin duda por varias razones históricas y culturales; entre otras, la influencia de la concepción organizativa del Imperio Romano, que marcó su huella en los dirigentes de la Iglesia occidental, después del Emperador Constantino. Pero quedarnos en esta explicación sería todavía permanecer en las ramas, sin ahondar suficientemente en los motivos propios, que son los culturales. Monseñor Edelby acierta al decir que este clericalismo, que hemos vivido muy particularmente en nuestro país, es porque nuestra Iglesia "parte de una óptica opuesta a la oriental".

Veamos cómo describía este arzobispo las dos concepciones de la Iglesia cristiana. En la de Occidente afirmaba que nuestra óptica partía de concebir que "Cristo estableció a Pedro como jefe supremo, especie de emperador romano con sotana; después le dio colaboradores —los apóstoles, que después se convirtieron en los obispos—, y por fin le dio súbditos, que eran los clérigos y los fieles". El esquema de esta Iglesia nuestra es la de una pirámide clerical en donde todo parte de arriba y nada proviene de abajo.

En cambio, en Oriente las cosas se enfocaron al contrario: "Cristo se unió primero a los fieles, a los cuales les pertenece de derecho la predicación del Evangelio; después fue cuando les dio los apóstoles, y a fin de que este Colegio de dirigentes permanezca coherente, les escogió una cabeza". Para los cristianos orientales, las cosas ocurrieron justamente al revés de como nosotros las hemos vivido desde hace siglos.

Respecto al Papa, este arzobispo retrataba en 1963 el ambiente que había en Roma, y en general en los países católicos de Occidente, y decía: "En la opinión católica moderna hay como una morbosa obsesión del primado del Papa; casi haría falta recitar una oración de exorcismo. Decir —como era frecuente en predicadores y escritores— que el Papa es Dios en la Tierra, es una blasfemia. Se rodea al soberano Pontífice de un respeto obsequioso que no tiene nada de evangélico".

Esta actitud de muchos católicos de hace diez años, ha cambiado mucho y hemos desdibujado la figura del "siervo de los siervos de Dios", que es como únicamente quería el Papa Gregorio Magno que se le llamase. No obstante, todavía nuestro pensamiento, aunque crítico respecto a la pirámide autoritaria de

la Iglesia, es todavía vacilante por carecer de esa visión clara, acertada y luminosa de los orientales, tal y como la expone monseñor Edelby. Lo que nos hace falta "es volver al Evangelio, porque todo lo demás es mundanidad y no debería existir".

Se empiezan a oír ya algunas voces entre los dirigentes de nuestra Iglesia occidental, que empiezan a ir por esta línea tan nueva y tan antigua, que nos hubiera evitado los grandes males de la teocracia y del clericalismo, causa de tantos atrasos y de tantos anacronismos, que nos han mantenido paralizados a los católicos respecto a nuestra responsabilidad con las cosas de esta tierra, a diferencia de los que no eran creyentes, y que se comprometieron siempre mucho más con todos los problemas de la sociedad y del mundo, sin estar pendientes de la campanilla que sonaba en las oficinas de un obispo o en las oficinas del Vaticano.

Uno de estos obispos ejemplares es ahora el cardenal de París, quien después de la Asamblea Episcopal Francesa concluye: "Queremos el paso de una Iglesia que ayer estaba en manos de los clérigos, a una Iglesia que sirva a Dios para salvar a los hombres y que esté en manos de todos los miembros del pueblo de Dios".

¿JERARQUIA TODAVIA?

Este buen deseo requiere una seria y profunda labor, como dice monseñor Marty, "porque a pesar de la enorme evolución de las mentalidades, a nosotros los obispos en primer lugar, y a todos los sacerdotes, se impone esta decisión y debemos continuar perseverantemente el esfuerzo de confiar responsabilidades, de reconocer los carismas, de confirmar los ministerios y servicios de todos los bautizados". Poco a poco nos vamos acercando, aunque sea por desgracia demasiado lentamente y demasiado confusamente, a la visión cristiana más tradicional, más arraigada en el Evangelio, que es la de la participación responsable de todos los cristianos en todas las cosas de nuestra Iglesia.

También durante el Concilio descubrieron los católicos otra cosa que, en general, desconocían. Cuando se discutía la función de los obispos, el profesor protestante de teología Cullman, se sintió muy incómodo por las ligeras afirmaciones de muchos obispos en el Aula Conciliar. Daban por supuesto que la palabra "Episkopos" del Nuevo Testamento significaba lo mismo que "Obispo",

cosa totalmente falsa, porque consta hoy con claridad científica que no era en el primitivo cristianismo lo mismo una y otra función. Como dice el teólogo católico J. L. Mac Kenzie: "Los obispos, tal como la Iglesia los ha conocido, no aparecen en el Nuevo Testamento... En las Iglesias del Nuevo Testamento no aparece una persona individual investida con la suprema autoridad local" (Mac Kenzie, La Iglesia Católica y Romana. Editorial Apostolado de la Prensa). Esto es importantísimo; pero me pregunto: ¿cuántos católicos lo saben? Y, sin embargo, nuestra más primitiva Iglesia así era, y no como luego ha sido.

La verdad es que al final del siglo I adquirió la organización episcopal, que luego se ha ido desarrollando cada vez en forma más autoritaria a través de su historia y que luego no sólo se ha modificado, sino que se ha acrecentado.

De todo ello tendríamos que concluir que cabe una reestructuración de nuestras costumbres eclesiales, en la cual lo principal sea la acción de los creyentes y su propio pensamiento, quedando limitada principalmente la acción episcopal a una coordinación más amistosa que autoritativa, y a una función de estímulo y aliento a ir hacia adelante, en vez de estar siempre los obispos frenando iniciativas y nuevas creaciones.

Por eso me parece ejemplar la sincera declaración que ha hecho el nuevo obispo auxiliar de Sevilla, monseñor Bellido. Con simpática sinceridad ha declarado a la agencia Cifra que no quería ser obispo, y la razón que ha dado es: "Me considero más capacitado para las batallas que para actuar con una serie de limitaciones lógicas en unas circunstancias que caen fuera de mi personal manera de ser".

Y, sin embargo, esta manera de ser del nuevo obispo auxiliar andaluz debía ser la condición imprescindible para que le nombrasen obispo, ya que un obispo no tendría que ser nunca un freno, sino un estímulo; no un moderador, sino un impulsor, como lo fueron los antiguos obispos de los primeros siglos cristianos y, en particular, la figura de aquel valiente dirigente de la Iglesia que se llamó San Ambrosio y que fue capaz —entre otras decididas posturas— de dimitir públicamente en señal de protesta.

El pastor protestante Georges Appia, en la revista Réforme, de los evangélicos franceses, se congratula —desde su punto de vista fuera de la Iglesia católica— de que una gran parte, una mayoría del episcopado francés "haya escogido la audacia" y empiece a notarse en Francia lo que afirma la revista católica Témoignage Chrétien: "El fin de la Iglesia de los clérigos".

¿Cuándo tomaremos en serio nosotros estas ideas y estas actitudes para aceptarlas de una manera completa y plena con todas sus consecuencias doctrinales y organizativas, y conseguir en nuestro país una Iglesia abierta en la que colaboremos todos con iniciativa, sin frenos ni evasiones?